



Mes de Enero

ESPERANZA Y CAMINO MISIONERO

De la Segunda carta de san Pablo Apostol a los Corintios (4,7-18)

Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no proviene de nosotros. Atribulados en todo, mas no aplastados; apurados, mas no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, mas no aniquilados, llevando siempre y en todas partes en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Pues, mientras vivimos, continuamente nos están entregando a la muerte por causa de Jesús; para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De este modo, la muerte actúa en nosotros, y la vida en vosotros. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé, también nosotros creemos y por eso hablamos; sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús también nos resucitará a nosotros con Jesús y nos presentará con vosotros ante él. Pues todo esto es para vuestro bien, a fin de que cuantos más reciban la gracia, mayor sea el agradecimiento, para gloria de Dios. Por eso, no nos acobardamos, sino que, aun cuando nuestro hombre exterior se vaya desmoronando, nuestro hombre interior se va renovando día a día. Pues la leve tribulación presente nos proporciona una inmensa e incalculable carga de gloria, ya que no nos fijamos en lo que se ve, sino en lo que no se ve; en efecto, lo que se ve es transitorio; lo que no se ve es eterno.

De una carta de Padre Pío a monseñor Giuseppe Angelo Poli (Epist. IV, p. 40)

Mi queridísimo monseñor,

¡Que Jesús sea siempre todo tuyo, que siempre te ayude en todo con su gracia vigilante y haga cada vez más fecunda tu misión, confiada a ti por el divino Pastor y te haga santo con su rebaño! Con estos deseos muy sinceros que asiduamente elevo al Altísimo para ti, respondo a tu más cordial bienvenida para asegurarte la sincera devoción que tengo por ti y el hermoso recuerdo que guardo de tu afortunada gratitud.

No dude, querido Monseñor, de mi pobre y débil sí, pero también de las asiduas oraciones que hago por usted y por su misión, que es rica en frutos fecundos. Escuche, padre, yo también le he pedido muy animadamente a mi director que se alista entre sus misioneros, pero, pobre de mí, no me consideró digno. Y nada hasta ahora ha valido la pena para conseguirme esta gracia informada. ¿Debo intentarlo de nuevo? Tú también recomiendas este negocio a Jesús y dile que si me quiere entre sus misioneros, tendrá la voluntad de los demás. Y mientras tanto, dado que todavía no se me permite estar realmente inscrito entre sus misioneros, me esforzaré por ser uno en espíritu. Te acompañaré a todas partes con oraciones y gemidos, con la esperanza de que no desdeñes acogerme como uno de tus últimos misioneros.

El 20 de septiembre de 1918, la gran e inmensa humillación y confusión me llegó de lo alto.

Gracias por las diez liras que me enviaste por el chocolate. Que Jesús y su padre San Francisco os recompensen con el ciento doble de esta florida caridad.

Te rogaría que no te molestes por mi pobre persona, porque la divina providencia me hace carecer de nada, guardando esas privaciones para los pobres mucho más necesitados que yo. Después de todo, te prometo que si necesito algo, te lo haré saber libremente.

Encomendándome a tus santas oraciones, te beso con respeto y veneración el anillo sagrado y te pido tu bendición pastoral me digo.

sirviente aff.mo y um.mo

F. Pio de Pietrelcina, Capuchino.



CATEQUESIS

Una pregunta: *Qué anuncio para nuestra misión?*

El 22 de enero recordamos el día en que el Padre Pío tomó el hábito de fraile capuchino. Siguiendo sus huellas celebramos el día de la fidelidad, durante el cual nuestros Grupos se comprometen, como él, a vivir en coherencia con su propio bautismo.

La catequesis nos ofrece la oportunidad de reflexionar que un verdadero anuncio misionero empieza por nosotros mismos, debemos "vestirnos" del hábito de la fidelidad y de nuestra consagración a Dios.

San Francisco dedica el capítulo IX de su *Regla* a los frailes destinados a la predicación, que finaliza con estas palabras: "También amonesto y exhorto a los mismos frailes a que, en su predicación, sus palabras sean consideradas y castas (cf. Sal 11,7 e 17,31), para beneficio y edificación del pueblo, anunciando a los fieles los vicios y virtudes, castigo y gloria con brevedad de palabra, ya que el Señor en la tierra habló con palabras breves (cf. Rm 9, 22) ". .

El Padre Pio explicó que casi nunca había predicado en su vida, porque entonces no había micrófonos y era necesario tener buenos pulmones, mientras él apenas respiraba. Todo esto, sin embargo, no le impidió, tanto por carta como en reuniones con sus hijas espirituales, aprovechar toda buena oportunidad para explicar la Palabra de Dios, las verdades de la fe y los espléndidos y preciosos consejos. El suyo era un lenguaje muy acorde con el espíritu de San Francisco: una palabra esencial, que debía impulsar hacia la edificación personal y que tenía como punto de referencia "los vicios y virtudes, el dolor y la gloria con la brevedad de la palabra". Sus consejos fueron rápidos, sus reflexiones sencillas, llenas de ejemplos, pero todo fue perentorio: fidelidad y ya está, porque el Señor nos dio su vida.

Partiendo de estas consideraciones, queremos explorar más a fondo el tema de este año - debes tener sed de la salvación de las almas - comparándonos con este estilo del Padre Pío: ¿debemos tener la misma intransigencia? ¿Es ese lenguaje suyo sin medias tintas realmente imposible o tenemos una debilidad interior que nos impide proponer con firmeza la Palabra de Dios?

Son cuestiones que no pueden quedar fuera de nosotros, porque - más allá de los métodos y los lenguajes - queda el deber de anunciar y testimoniar el Evangelio; un deber cada vez más urgente precisamente en el tiempo que vivimos.

El Señor ha resucitado

Kerigma es la traducción italiana de una expresión griega que significa "proclamación, clamor" y se utiliza para resumir el anuncio fundamental de la vida cristiana, que se puede resumir de esta manera: "El Señor Jesús murió y resucitó por tu salvación" .

Esta proclamación o anuncio tiene su origen en muchas páginas del Evangelio comenzando por las palabras pronunciadas por Jesús en la sinagoga de Nazaret, cuando abrió el rollo del profeta Isaías y leyó: «El Espíritu del Señor está sobre mí; por esto me consagró con unción y me envió a proclamar un mensaje feliz a los pobres, a anunciar la liberación a los presos y la vista a los ciegos; para liberar a los oprimidos, y predicar un año de la gracia del Señor ". Luego, prosigue el evangelista, Jesús hizo su gran anuncio, precisamente el kerygma: " Hoy se ha cumplido esta escritura que habéis oído con vuestros oídos ". (Lc 4, 18-19.21)



Este es solo uno de los pasajes del Evangelio que podemos citar, pero es importante porque el anuncio que hacen los Apóstoles en su predicación depende inmediatamente de ello. Aquí también tomamos un solo ejemplo, lo que San Pedro dice en su discurso inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo en el día de Pentecostés: "Israelitas, escuchad estas palabras: a Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros con los milagros, prodigios y signos que Dios realizó por medio de él, como vosotros mismos sabéis, a este, entregado conforme al plan que Dios tenía establecido y previsto, lo matasteis, clavándolo a una cruz por manos de hombres inicuos. Pero Dios lo resucitó, librándolo de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que esta lo retuviera bajo su dominio.....A este Jesús lo resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos.... Por lo tanto, con toda seguridad conozca toda la casa de Israel que al mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías". (Hechos 2,22.32.36)

Este anuncio conciso y esencial en lenguaje posconciliar se ha convertido en el núcleo de lo que llamamos la nueva evangelización; el término nuevo ciertamente sirve para indicar nuevos métodos, nuevas herramientas y nuevas áreas, pero antes que nada, debe entenderse como si fuera un adverbio: de nuevo. Es necesario evangelizar de nuevo, otra vez, incluso aquellos territorios y aquellas personas que ya han recibido el anuncio del Evangelio.

Ciertamente en el lenguaje del Padre Pío no encontramos palabras como *kerygma* o evangelización, pero ciertamente tenemos en su pastoral a qué se refieren estos términos. La esencialidad de su lenguaje y el carácter perentorio con el que quería coherencia por parte de las personas que acudían a él, especialmente para la confesión, remiten al contenido central de su ministerio: una vez que se encuentre el Señor hay que vivir una nueva vida en el Espíritu. Cada confesión debía reafirmar esto; podríamos decir - recordando el adverbio "de nuevo" - después de cada confesión, había que volver a convertir.

En varias ocasiones, tanto Juan Pablo II como el actual pontífice han recordado la vieja Europa y los cristianos de nuestro hogar, es decir, aquellos que sienten la urgencia de responder a un llamado misionero, de ir a "otros", los que no creen, los que cometen errores, para ser sus primeros sujetos de evangelización. Es decir, es necesario que precisamente los que van a la iglesia, que son constantes y coherentes en la vida cristiana, se sientan llamados a una vida siempre nueva con el anuncio: "Cristo murió y resucitó por ustedes".

De hecho, con demasiada frecuencia nos hemos preocupado de que el otro sea recuperado, incluido en nuestras estructuras, en nuestras formas de pensar; ante la cruz o las dificultades tenemos las respuestas listas, casi un cliché igual para todos. Ser los primeros en recibir el anuncio del Evangelio, una vez más, con humildad y rigor como si fuera la primera vez, nos pone en camino con todos los hermanos y hermanas que encontramos por esa conversión que nace de la contemplación del único Cristo que murió y resucitó por nosotros.

Estamos muy preocupados de lo "qué decir" y "cómo decir" a los demás, a aquellos que necesitan nuestro anuncio; quizás primero deberíamos preguntarnos "qué oímos" y "cómo vivimos" lo que nos dice el Señor, para nuestra conversión real y constante. Muchas veces, cuando predicaba las misiones populares, me preguntaba: «Pedimos a la gente que se convierta y venga a la iglesia, a nuestros grupos ya nuestras parroquias. Pero, ¿qué encontrarán? ¿Podrán mirarnos a la cara al Señor o tendrán que hacer el eslalom entre nuestros juegos de poder, las pequeñas ambiciones y la avaricia que han entrado en nuestras estructuras? El lenguaje áspero del Padre Pío, quizás es útil sobretudo para nosotros.

La salvación que apreciamos

La nueva evangelización requiere un compromiso nuevo y comprometido que toque el corazón de todos. En muchos sectores de nuestra sociedad, desde la educación al trabajo hasta el político y caritativo, la gente se queja de una actitud de renuncia: delegan, se espera que otros lo hagan, a lo sumo aportan económicamente, pero nuestra vida debe seguir igual sí mismo. Mientras tanto, vivimos en grandes condominios donde se necesita esperanza, ayuda que no es solo económica; a veces nos damos cuenta de que es necesario reconstruir las relaciones, para ayudar a encontrar la



clave de la propia existencia. Las coartadas, la edad, la privacidad, las sospechas y las aversiones nos ayudan a construir muros de indiferencia y desinterés. La nueva evangelización no es un orador en el que trompetar un poco del Evangelio, sino el espejo de la Encarnación, es volver sobre las huellas de este Dios que se entrega a la muerte. "Tener Sed de la salvación de los hermanos" es la respuesta a esas palabras de Jesús en la cruz: "Sitio, tengo sed".

Tratemos de centrarnos en el Padre Pío y comprender cómo su historia se transforma gradualmente en esta expectativa casi espasmódica de los hermanos.

Seguimos intrigados o extasiados ante los múltiples fenómenos de bilocación que presenciamos durante su existencia. Tratemos de ir más allá del milagro y leer la señal que el Señor quiere darnos: esa necesidad del otro que hace del Padre Pío un mensajero alrededor del mundo. Físicamente no se mueve de San Giovanni Rotondo y -aunque se le atribuye fenómenos de bilocación- la gran obra que hace allí: se entrega totalmente a los demás. Sus Eucaristías son una inmolación continua, el dolor adquiere el valor particular de quienes se unen al sacrificio de Cristo.

Destacamos el *kerygma*, el anuncio de Cristo que murió y resucitó. A menudo los malos pensadores han malinterpretado las expresiones de quienes decían ver a Jesús en él, hablaban de idolatría o enamoramiento. En realidad, su persona mostró esa acogida y ese don sin medida que eran de Cristo y él, como debe ser para todos los bautizados, en ese don se convirtió en la imagen de ese Jesús que obraba en él.

Enviados por el Espíritu Santo

Ir hacia el otro, acogerlo en su historia, una vida que no debe cambiarse, sino que debe ser visitada por el Espíritu de Dios.

Tratemos de centrarnos en el lenguaje que usamos hacia los demás cuando confían sus cruces: escuchar a menudo, la solidaridad se convierte en maldad; cuando hablamos de personas que conocemos en lugar de traer misericordia y perdón, alimentamos los rencores y destruimos cualquier puente que el Espíritu esté creando. Es solo un ejemplo de cómo nuestra presencia misionera puede ayudarnos a leer la vida de otra manera, dependiendo de si queremos llevar la palabra del Espíritu o la de división.

En este proceso es importante aprender a leer la Palabra, saber guardarla en nuestro corazón, dejarla morir y renacer en nosotros para vivir plenamente nuestra vocación misionera. En este sentido, quisiera citar dos textos de la Sagrada Escritura que creo que pueden orientarnos. El primero es el pasaje del profeta Jeremías que dice: «El Señor extendió la mano, tocó mi boca y me dijo: "Voy a poner mis palabras en tu boca."» (Ger 1,9)

La conciencia de que las palabras no son nuestras sino de Dios debe hacernos vivir con humildad y entrega ante el Señor. Muchas veces nos puede pasar lo contrario, es decir, esperar que los demás acepten nuestras palabras, las que vienen del corazón y están marcadas por la parcialidad y gastadas por el orgullo, como palabras indiscutibles, casi como si vinieran de arriba. Una palabra verdaderamente viene de Dios cuando no es prisionera de nuestros puntos de vista, del deseo de defenderla a toda costa, del miedo a que otros no la acojan como queremos. El primer ejercicio del misionero no es poseer una palabra, sino hacerse discípulo de la Palabra.

Un segundo pasaje que creo que puede sernos útil está tomado de la carta de San Pedro: «pero sabiendo, sobre todo, lo siguiente, que ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios.» (2Pt 1,20-21)

Debo decir que el diablo desde este punto de vista puede crear mucha confusión. Al principio teníamos una moral "en mi opinión"; A menudo he hablado de ello en nuestras reuniones, es fácil escuchar a la gente decir: "En mi opinión esto es correcto, en mi opinión esto no es un pecado". Es la Madre Iglesia quien nos muestra el camino, sin incertidumbres y sin confusión ni en un sentido ni en otro. A veces nos enfrentamos a una moral sin restricciones, a veces, lamentablemente, también hay quienes quieren poner más restricciones que las indicadas por la Iglesia. Necesitamos poner orden en nuestra manera de pensar, de hablar y también en las muchas actitudes de nuestros grupos:



la palabra de la Iglesia, de esta Iglesia de nuestro tiempo es la que estamos llamados a obedecer. Junto con la obediencia también tenemos el deber de formar. Con demasiada frecuencia en nuestros Grupos tenemos personas que afirman hablar y enseñar sin haber realizado previamente los cursos de formación adecuados. Pero la formación no está ligada solo a la posibilidad de hacer catequesis: amar a Dios significa conocerlo. Siempre recordamos que el Padre Pío ordenó a Raffaolina Cerase - y si no lo hubiera hecho ya no sería su hija espiritual- que leyera "la exposición del dogma católico de Monsabré, expuesto en dieciocho pequeños volúmenes, la lectura de los cuales es una verdadera fiesta para el espíritu". (Epist. II, p. 187). El Padre Pío quería que supiéramos de cerca, que también contempláramos con nuestra inteligencia, que Dios amara con el corazón.

Hombres y mujeres misioneros

Cuando veo los videos de las canciones que escuchan los jóvenes de hoy, a veces me desanimo: hay un lenguaje, imágenes y simbolismos que nada tienen que ver con nuestra fe. Nuestros jóvenes saben muy bien (mucho más de lo que podemos imaginar) que son imágenes vacías y que el vacío a menudo resuena en nuestro corazón. ¿Anuncio? ¿Sermones y reproches? Quizás siendo nosotros esas verdaderas imágenes que buscan pueda dar sentido a su vida. Creo que el don que el Padre Pío hace de sí mismo, total, radical, sin medida, podría ser ese anuncio misionero que están esperando.

COMPROMISO DE FIDELIDAD

(leer juntos el 22 de enero o durante una reunión del grupo)

Oh Padre

que nos has elegido y llamado para ser en el pueblo de Dios,
"Viveros de fe y hornos de amor",

Nos comprometemos, aquí frente a nuestra comunidad,
a ser ministros de oración y de servicio a los que sufren;
a renunciar al pecado con un serio empeño

a crecer en las virtudes, especialmente en el seno de nuestras familias;

a compartir nuestro camino en este grupo de oración,

siguiendo la espiritualidad de San Pío de Pietrelcina y las enseñanzas de la Iglesia.

Prometemos fidelidad al Papa, a nuestros pastores y a los compromisos que asumamos en el camino común con los hermanos y hermanas de nuestro Grupo.

Siguiendo los pasos de San Francisco de Asís, elegimos experimentar la hospitalidad para los necesitados, la solidaridad con los pobres y el amor por la creación.

Virgen María, tú que guiaste el camino de San Pío de Pietrelcina, acoge nuestros santos deseos y acompáñanos en nuestro camino hacia la santidad.

Amén